

LOS "CHOLOS" Y LOS "ROTOS": ACTITUDES
RACIALES DURANTE LA GUERRA DEL PACIFICO

Jeffrey L. Klaiber S.J.
Universidad Católica - Lima

Aunque la mayoría de historiadores latinoamericanos y extranjeros ha reconocido la existencia de prejuicios raciales en América Latina, su tendencia general ha sido absorber aquel tema dentro de las categorías menos odiosas de "clase" o "status social". Así, las diferencias raciales se reducían a diferencias sociales; sin embargo, algunos estudios recientes han puesto énfasis sobre la importancia de los prejuicios raciales como obstáculo al cambio social en algunas naciones latinoamericanas, sobre todo aquellas con una gran población indígena. (Harris 1964; Mörner 1967). Pero, aún en aquellas naciones popularmente clasificadas como "blancas", tales como Chile o la Argentina, las clases populares han sido estigmatizadas a veces como racialmente inferiores por las élites culturales de esas naciones. Así, por ejemplo, en 1901 el escritor chileno Nicolás Palacios se lamentó de la presencia de negros en Santiago por el daño que podrían causar al resto de la población. (1918: 221). Y en pleno medio del siglo XX el historiador Francisco A. Encina elaboró la teoría de que Chile debe su grandeza histórica en gran parte al predominio de la sangre española-gótica en la población. (1954, t. II: 1420). Muchos otros escritores e historiadores chilenos han expresado opiniones semejantes acerca de la importancia de la raza en la historia chilena. (cfr. Griffen 1957; Pike 1963: 289-293).

Pero estas actitudes raciales no surgieron solamente a raíz de realidades nacionales, sino que fueron forjadas y alentadas en gran medida durante la Guerra del Pacífico (1879-1884), en la cual los ejércitos chilenos se enfrentaron a ejércitos compuestos mayormente por campesinos peruanos (y bolivianos en el comienzo), que eran de extracción netamente indígena. Este artículo pretende hacer una pequeña contribución a la historia social andina, tomando la Guerra del Pacífico como un marco histórico concreto para estudiar y analizar algunas de las actitudes raciales de Chile y del Perú al final del siglo XIX y al comienzo del siglo XX. La tesis que se quiere sugerir en estas líneas es que, aunque el prejuicio racial existía antes de la guerra, la victoria de Chile sirvió para confirmar, fortalecer y aún popularizar el mito de la superioridad racial chilena. Por otra parte, la guerra también tuvo como consecuencia la reacción justamente inversa en el Perú, pues sirvió para confirmar y alentar el mito de la inferioridad del indio peruano.

La Guerra del Pacífico fue una de las más importantes en la historia de América Latina. Destruyó la balanza del poder en la costa del Pacífico en favor de Chile, dejó al Perú seriamente debilitado, y encerró a Bolivia herméticamente dentro del continente. La guerra llamó la atención de las demás naciones de América y de Europa, la mayoría de las cuales se dividieron en favor o en contra de uno de los contricantes. El sentimiento popular en los Estados Unidos y en Europa tendía a favorecer a Chile, por su tradición de gobierno democrático y porque Chile fue considerado como una nación pro "anglo-sajona". Además, había simpatía en el comienzo a favor de Chile por ser más pequeño, en población y en tamaño, que el Perú y Bolivia combinados. Por otro lado, la mayoría de las naciones latinoamericanas se opusieron a Chile durante la guerra porque se creía que Chile era peligrosamente agresivo, y el predominio del color blanco no favorecía a Chile frente a naciones con grandes poblaciones indígenas o mestizas. (Encina 1954, t. II: 1476).

Este antagonismo entre Chile por un lado y el Perú y Bolivia por el otro ya se detectaba mucho antes de la guerra. Un viajero argentino que pasó por el puerto de Arica en 1855 declaró que bastaba con decir "soy chileno", para que la población lo considerara un "asesino" o "ladrón" (Amunátegui 1936 t. VI: 173). En ese mismo año *El Mercurio* de Valparaíso (y más tarde de Santiago, también) exigió el establecimiento de relaciones diplomáticas con Bolivia porque, "en este lugar excepcional del globo, se odia a todo extranjero y especialmente al chileno. . ." (*Ibid.*; 177). Un autor chileno aconsejó a sus compatriotas que no trabajasen en el nuevo ferrocarril que Henry Meiggs estaba construyendo desde Islay hasta Arequipa porque, "para todo arequipeño un chileno es un enemigo" (Rodríguez 1876: 183).

Esta hostilidad hacia Chile se debía en parte a hechos históricos concretos, como por ejemplo la intervención chilena en el Perú en 1837-39 en contra de la Confederación Perú-boliviana, y sobre todo la creciente presencia chilena en los campos salitreros de la costa de Bolivia y del sur del Perú. Pero además de estos hechos había algunas actitudes de los mismos chilenos que seguramente ofendían a otros latinoamericanos, sobre todo la pretensión de ser la nación más civilizada y progresista de América Latina, la cual les hizo merecer la calificación, con o sin razón, de ser "los ingleses del sur". Esta fue la actitud característica de la mayoría de los periódicos y revistas chilenos durante la guerra. Poco después de la victoria chilena sobre Grau en Angamos el periódico radical de Valparaíso, *La Patria*, declaró que esa victoria no se debía meramente a la fuerza militar superior, sino más profundamente a "los beneficios del progreso, el dominio de la civilización y la ley" virtudes que, por supuesto, caracterizaban a la sociedad chilena. (26-XI-1879: 3). *El Ferrocarril* de Santiago atribuyó las victorias

chilenas, entre otros factores, a la solidez de sus instituciones democráticas y a la debilidad interna del Perú y Bolivia, que eran gobernados por dictadores (4-V-1883: 2).

Otro tema relacionado con esto fue la supuesta capacidad superior para el trabajo entre los chilenos. *El Mercurio* avanzó el argumento de que los Estados Unidos deben apoyar a Chile porque era “país de honradez, de trabajo, de progreso, de instituciones sólidas”. El periódico agregó, además, que Chile sería un lugar más propicio para recibir la nueva industria norteamericana que el Perú, que era un pueblo “desorganizado, corrompido, incapaz de buscar en la labor y en la honradez un remedio a sus males”. (Ahumada 1884, t. VI: 261-262). *El Ferrocarril* anunció que, después de la guerra, Chile asumiría el papel de regenerar naciones como el Perú y Bolivia, inculcándoles “amor al trabajo” (11-I-1880: 2). Aún Sir Clemente Markham, quien simpatizó con el Perú durante la guerra, atribuyó la prosperidad de Chile al “carácter honrado de las clases altas y a la persistencia laboriosa y capacidad para el trabajo de la población en general”. (Markham 1882: 80).

Además de estas alegaciones acerca de instituciones democráticas y capacidad para trabajar, la prensa chilena frecuentemente señaló la homogeneidad racial como uno de los factores importantes para explicar las victorias chilenas en la guerra. *El Ferrocarril* atacó un editorial en *The Times* de Londres que había confundido Chile con el Perú. Declaró el comentarista, airadamente, que a diferencia de esas naciones (el Perú y Bolivia), con sus “indios aborígenes, negros o mestizos de varias castas”, Chile se distinguió precisamente por su unidad de raza y por su asimilación de las mejores razas de Europa. Gracias a esta asimilación y unidad, Chile había producido una “nacionalidad fuerte, vigorosa, compacta, sin diferencias sensibles de raza, de hábitos o de idioma”. (16-I-1880: 2). Muchos de estos artículos se refirieron a la notable emigración europea a Chile, de naciones predominantemente blancas, tales como Suiza, Alemania, Inglaterra y Francia (cfr. Solberg 1969).

La estima propia de Chile, alentada con sus victorias, fue igualada sólo por su desdén hacia el enemigo. En general, la crítica chilena hacia el Perú y Bolivia tomó la forma de una letanía de antónimos: si Chile es ordenado y democrático, los miembros de la alianza son desordenados y tiránicos. Los chilenos son trabajadores y frugales, mientras que los peruanos y bolivianos son perezosos y pródigos. El soldado chileno es valiente y confiable, pero el soldado peruano es cobarde y no confiable, etc. La prensa chilena acusaba frecuentemente al Perú de haber desperdiciado sus ingresos y recursos durante los primeros cincuenta años de su independencia en empresas “descabelladas”, y se gozaba de comparar el Perú con los imperios opulentos pero decadentes de Oriente. (Ahumada 1884, t.

II: 249-250). Un periódico calificó al Perú como “un imperio turco americano”, y *El Mercurio* comparó al Perú con “Babilonia” y a los peruanos con “los persas afeminados” (21-I-1881: 2; 8-XI-1880: 2).

Un blanco frecuente de la sátira chilena fue la población asiática en el Perú. Alrededor de 100,000 chinos habían inmigrado al Perú en los 30 años previos a la guerra en calidad de mano de obras contratada para trabajar en los ferrocarriles o las haciendas azucareras de la costa. *El Boletín de la Guerra del Pacífico*, publicación oficial del Ministerio de Guerra, criticó al Perú en su política migratoria por haber recurrido a mano de obra asiática en vez de otra “inmigración robusta, moral, civilizada” (4-VII-1879: 230-231). Un periódico, con evidente desdén, declaró que ni Piérola ni “un hato de coolíes arreados a latigazos” pueden detener el avance de los ejércitos chilenos (Ahumada 1884, t. VI: 271). Los chilenos fueron tomados por sorpresa, desde luego, cuando miles de chinos, en la creencia de que los chilenos habían venido para liberarlos de la servidumbre, salieron de sus haciendas para acompañar los ejércitos invasores en su marcha hacia Lima. Naturalmente, los chinos no podían haber conocido la actitud de la prensa chilena hacia ellos.

Pero el blanco principal de la prensa chilena fue, por supuesto, la población indígena del Perú y Bolivia. *El Ferrocarril* atribuyó la “falta de energía” y la falta de un “espíritu verdaderamente nacional” en esas naciones a la división de castas. (18-XI-1880: 2). *El Independiente* (Santiago) puso en duda la capacidad de la alianza de ganar la guerra porque sus ejércitos consistían principalmente de campesinos reclutados, que faltaban la energía necesaria para luchar por haber sido explotados y oprimidos durante siglos. (Ahumada 1884, t. II: 249-250); *El Comercio* del Callao, que había sido chilenizado durante la ocupación, expresó su admiración, un tanto sarcástica, de que los peruanos apoyasen las guerrillas en los Andes, porque ellas consistían sólo de “confusas manadas de indios ignorantes y abyectos”. (*Ibid.*, t. VII; 295). La prensa no perdió ocasión para burlarse del título de “Protector de la Raza Indígena”, que Nicolás de Piérola se había arrogado en mayo de 1880. Al enterarse del proyecto que tenía Piérola para crear una nueva confederación Perú-boliviana, un comentarista de *El Ferrocarril* anunció que el presidente peruano podía ser protector de los indios en Bolivia, también. (10-VIII-1880: 2). Cuando los Mapuches se sublevaron en 1881, el historiador Benjamín Vicuña Mackenna declaró que “el famoso ‘protector de los indígenas’ Piérola ha encontrado al fin su aliado. . .” —los indios chilenos! (*El Mercurio*, 4-II-1881: 2).

Los sentimientos nacionales y raciales se cristalizaron sobre todo en torno a los dos estereotipos, “cholo” y “roto”. Desde el comienzo, el término “cholo” tenía una connotación racial porque se usaba para designar tanto a los indios

como a los mestizos nacidos de español e india o indio y negra. En el siglo XIX se usaba despectivamente para referirse a cualquier mezcla racial entre las clases populares. (cfr. Varallanos 1962: 21-36). En cambio, el término "roto" no tuvo inicialmente una connotación racial; se refería a la escasa y pobre condición de la indumentaria de los primeros pobladores españoles, por su distancia de Lima, la capital opulenta y refinada del Virreinato (Palacios 1918: 96-98). Más tarde se empleaba para hablar de los arrendatarios de las haciendas o los pequeños propietarios. En el tiempo de la Guerra del Pacífico se refería sobre todo al soldado ordinario que venía de esas clases populares, y que simbolizaba todas las buenas cualidades chilenas (Ahumada 1884, t. VI: 257). Un *Diccionario de Chilenismos*, publicado en 1875, expresó los dos estereotipos, y los prejuicios que había atrás, así:

"ocupa el *cholo* en la sociedad peruana, más o menos la misma posición que el *roto* en la chilena. Hay no obstante, entre las cualidades de uno y otro notables diferencias. Aquel es por lo general débil de complexión, flaco de piernas y abultado de panza; éste robusto, musculoso y enjuto de carnes; aquél expansivo y casi siempre palangana; éste taciturno y reservado; aquél más artista; éste más esforzado; y aquél en fin un andaluz injerto a indio peruano; éste un vizcaíno injerto en Araucano" (Rodríguez 1876: 180).

La pasión engendrada por la guerra produjo cantos y versos que exaltaron la superioridad del roto sobre el cholo. Un ejemplo típico es esta porción de un poema, de composición anónima, "El Roto":

"Al cholo afeminado de la peruana sierra (el roto)
Desprecia por lo tímido, castiga por lo cruel:
Tan solo en pos de glorias el roto va a la guerra,
El cholo porque a palos llevaronle al cuartel.
Los hijos de Atahualpa, lacayos de Pizarro,
Al araucano indómito quisieron humillar:
Los héroes de bronce y el ídolo de barro,
Del mundo en la balanza, ¿tendrán un peso igual?"
(Ahumada 1884, t. III: 282).

Pero más que a la sociedad peruana, la sátira chilena se dirigió a la boliviana. Según Encina, el Presidente Domingo Santa María expresó sus frustraciones en tratar con los bolivianos en una carta en 1884 con esta exclamación: "¡No conozco gente parecida a la boliviana! ¡Es el indio vivo, torpe, taimado y hecho por mal!" (Encina 1949-52, t. XVIII: 119). Un tema favorito de las novelas y obras de teatro en Chile fue la actuación en la guerra del Presidente Hilarión Daza, quien por su vanidad, crueldad e incompetencia, personificaba todas las malas cualidades de los demás bolivianos (Pacheco 1949:60; Allende 1917). Se afirmaba, que la derrota y el retiro temprano de la

guerra de Bolivia se debió a la torpeza y cobardía de los soldados bolivianos (*Boletín de la Guerra*, 9-XII-1879: 472).

Estas actitudes raciales eran conocidas por los peruanos y otros latinoamericanos, y servían sin duda para alentar su hostilidad contra la agresividad chilena. Además, los críticos de Chile se aprovecharon del tema del racismo para subrayar la presencia de sangre india en los mismos chilenos. Menospreciando la designación, “ingleses del Pacífico”, el literato peruano Carlos Paz Soldán atribuyó “los repetidos actos del salvajismo” del enemigo a la sangre araucana que corría en sus venas (*Revista Peruana*, 12-V-1879, t. II: 56); *La Opinión Nacional* de Lima describió a Chile como un “País aventurero, codicioso, intrigante”, cualidades que venían de los “instintos de su raza, que procede del galeote y del araucano, en deplorable consorcio. . .” (*Ibid.*, 1879, t. III: 470). La prensa peruana también ridiculizó el mito del “roto”: *La Patria* de Lima declaró que el roto, tan glorificado en la prensa chilena, no es nada más que un “esclavo adscrito a la gleba” de un sistema feudal. En cuanto a su supuesta superioridad, el roto es producto de una “Raza mezclada del salvaje araucano, con la escoria europea. . .” (7-X-1880: 2); *La Opinión Nacional* acusó a la prensa chilena de hipocresía en alabar al roto, señalando que los mismos chilenos deploraban la presencia de los rotos en Santiago y Valparaíso y que los jefes militares los colocan en la vanguardia como medida para reducir su número. (citado en *El Mercurio*, 29-VII-1880: 2). Esta última afirmación fue, seguramente, un tanto exagerada.

Un observador militar francés, presente en la campaña de Lima, informó de que existe en Chile “un sentimiento profundo de superioridad de raza” y que probablemente Chile atacaría a otras naciones latinoamericanas después del Perú (Ahumada 1884, t. VI: 260). Así fue el sentimiento y miedo en el resto de América Latina, especialmente en la Argentina, donde se creía que después de dominar al Perú, Chile se volvería contra ella para establecer su soberanía sobre Patagonia (*El Mercurio*, 12-II-1881: 1); *La República* de Buenos Aires avanzó la teoría de que los mismos rotos ejercían una presión para hacer la guerra a los vecinos de Chile, para liberarse de la servidumbre en que vivían y para posesionarse de nuevas tierras en las naciones conquistadas (citado en *El Mercurio*, 7-III-1881: 2); *La Nación* (Buenos Aires) declaró que Chile no estaba contento con sus victorias en Angamos y Arica porque el mismo pueblo chileno había convertido la guerra en un “duelo de razas”, que sólo podía terminar con la conquista total del Perú. (citado en *El Ferrocarril*, 30-I-1881: 1). Otro periódico bonaerense, *El Nacional*, reveló algo de sus propios prejuicios con la profecía de que probablemente ganarían la guerra los rotos chilenos por ser de una raza superior, a menos que el Perú cambiase la sangre de sus venas(!) (*El*

Ferrocarril, 8-II-1881: 1). Este último comentario hace pensar que existía un sentimiento racial en algunos sectores de la población argentina semejante al de Chile; pero, en general, la Argentina sentía poca simpatía por la causa chilena, más por miedo de la agresividad chilena que por razones raciales.

La victoria chilena causó preocupación en Colombia, también: un periodista en Panamá, Adriano Páez, publicó un folleto en 1881 pidiendo al gobierno colombiano que protestara por la ocupación del Perú por Chile. El autor profetizó que Chile estaba destinado fatalmente a invadir Ecuador y Colombia después del Perú, dominando así toda la costa pacífica del hemisferio del sur. Tocando el inevitable tema racial, Páez atribuyó las muertes y la destrucción de propiedad causadas por los chilenos a la mezcla de sangre española y araucana en sus venas (Páez 1881).

El anuncio del tratado de Ancón y el retiro de las tropas chilenas del Perú mitigaron considerablemente estos presentimientos acerca de una posible agresión chilena contra el resto de América Latina. Pero la guerra y la ocupación ya habían dejado una huella profunda en el Perú, no solamente en la conciencia popular, sino también en su historiografía y en su literatura. Sobre todo la guerra creó un clima de pesimismo acerca del valor y la capacidad del indio. Desgraciadamente, muy pocos estudiaron con serenidad, y mucho menos con espíritu científico y crítico, las causas de la derrota. A manera de excepción, dos oficiales argentinos que lucharon al lado peruano en Lima expresaron esta opinión acerca del ejército peruano:

“Era únicamente una agrupación de hombre sin disciplina, que carecía por completo de moral, valor e instrucción; debido todo esto a la incompetencia en el arte del Jefe del Estado, de los hombres que lo rodeaban y la relajación, tanto social como política que reinaba en este país” (Ahumada 1884, t. VI: 197).

Este juicio se acercó al tipo de crítica sociológica, libre de racismo, que sería característica en González Prada y la escuela indigenista después de la guerra. Otro amigo del Perú, Sir Clemente Markham, echó la culpa de la falta de moral entre las tropas peruanas al odio que los campesinos sentían hacia el sistema de reclutamiento forzado, mediante el cual los caudillos solían llenar las filas de sus ejércitos improvisados (Markham 1882: 99). Es interesante anotar en relación con esto que el ex-ministro de Hacienda, José María Quimper, acusó a Piérola de haber inventado su título de “Protector de la Raza Indígena” precisamente para ocultar su verdadero designio de reclutar más campesinos para poder proseguir la guerra. (Quimper 1881: 73). Finalmente, el historiador Pedro Dávalos Lissón alabó la valentía notable del soldado campesino en la guerrilla anti-chilena en la sierra durante la guerra, a pesar de su poca preparación para

luchar y la explotación a que fue sometida (Dávalos y L'Assón 1919, t. II: 422).

Pero otros autores peruanos vieron en la derrota, una confirmación de sus esquemas raciales acerca del indio o negro. El profesor que inauguró el año académico en la Universidad de Arequipa en 1881 señaló como una de las causas de la derrota los trescientos años de mestizaje indiscriminado entre el español y el indio (Ahumada 1884, t. V: 404). Javier Prado y Ugarteche repitió este tema en su discurso inaugural en San Marcos en 1894 cuando se refirió a "la influencia perniciosa que las razas inferiores han ejercitado en el Perú..." (Prado y Ugarteche 1941: 196). El diplomático Francisco García Calderón miró con envidia las repúblicas de Chile, Uruguay y Argentina, libres de "razas agotadas", como las que vivían en el Perú y Bolivia (García Calderón 1912: 257). El extremo del pesimismo fue expresado en los años '20 de este siglo por el catedrático Alejandro Déustua cuando descartó la posibilidad de educar al campesino, porque "El indio no es, ni puede ser sino una máquina" (Déustua 1937: 68).

En contraste a este pesimismo en el Perú, la élite cultural en Chile expresó optimismo acerca de las capacidades de las clases populares. En 1882 el bibliógrafo José Toribio Medina afirmó que las mismas cualidades de tenacidad que sostuvieron a los araucanos en su resistencia contra los europeos, habían vuelto a reaparecer en el roto de su época. (Medina 1952: 318). Pero el exponente mayor de este tipo de exaltación racial fue el historiador Francisco A. Encina, quien sostuvo que la victoria chilena se debió en gran parte a la mezcla de sangre gótica-española y araucana en los soldados chilenos (Encina 1954 t. II: 1420). Según Encina, este mestizaje produjo en Chile una raza con "mayor vigor físico que todos los demás mestizos hispanoamericanos..." (*Ibid.*, t. III; 48). En cambio, Encina no vio ninguna contribución positiva de la raza negra al mestizaje chileno (*Ibid.*, t. III; 56). Un militar chileno, impresionado por la resistencia y el vigor de los rotos en la campaña contra el Perú, afirmó que la sangre araucana que corre en las venas de los chilenos ha hecho de ellos "una raza militar" (Tellez 1944: 219).

Pero otros historiadores chilenos atribuyeron la victoria chilena precisamente a la ausencia de sangre indígena en la población. En su historia política de Chile, Ricardo Donoso sostuvo que Chile ganó la guerra gracias a su uniformidad racial, porque en ese entonces había poca influencia de las razas saborígenes (Donoso 1942: 76). Según otro historiador, Jaime Eyzaguirre, los araucanos habían sido o totalmente absorbidos en las olas de inmigraciones desde España o simplemente marginados de la sociedad; así, el factor indígena ha sido mínimo en la formación de la nacionalidad chilena. (Eyzaguirre 1961: 21, 105).

Las actitudes raciales estudiadas aquí no se restringieron solamente a

América Latina, sino que reflejaron toda una corriente positivista muy de moda en esa época, asociada con hombres como Arthur de Gobineau y Gustave Le Bon, quienes pretendieron clasificar las razas del mundo según grados de superioridad o inferioridad. El marco más amplio para este tipo de estigmatización racial fue todo el proceso del imperialismo occidental desde el siglo XVI, el creciente nacionalismo con su exaltación de valores nacionales, y una profunda pérdida del sentido de la igualdad universal de todos los hombres, influida en parte por la Reforma Protestante y el Calvinismo en particular. La Guerra del Pacífico no “comprobó” la inferioridad o superioridad racial de nadie. Pero, sí, sirvió como nueva materia histórica para confirmar las actitudes racistas de los que ya estaban convencidos de antemano de la verdad de esas teorías. Lo que llama la atención es la facilidad con que las élites culturales tanto del Perú como de Chile aplicaran estas teorías a sus propias clases populares, o las de otra nación latinoamericana, revelando así la profunda distancia psicológica y social que había entre los dos grupos. De esto se puede concluir con más confianza en que la tarea de forjar un auténtico espíritu de unión nacional en esas naciones tiene que representar no solamente una lucha contra el clasismo, sino también contra el racismo.

BIBLIOGRAFIA

AHUMADA MORENO, Pascual

1884 *Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia*, 9 vols. Valparaíso.

ALLENDE, Juan Rafael

1917 *El General Daza*, Santiago.

AMUNATEGUI REYES, Miguel Luis

1936 *Don Antonio García Reyes y algunos de sus antepasados a la luz de documentos inéditos*, 6 vols. Santiago

DAVALOS Y LISSON, Pedro

1919 *La Primera Centuria. Causas geográficas, políticas y económicas que han detenido el progreso moral y material del Perú en el primer siglo de su vida independiente*, 4 vols. Lima

DEUSTUA, Alejandro

1937 *La Cultura Nacional*, Segunda ed. Lima

- DONOSO, Ricardo
 1942 *Desarrollo político y social de Chile desde la constitución de 1833*, Imprenta Universitaria, Santiago
- ENCINA, Francisco A.
 1949-52 *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, 20 vols., Ed. Nascimento, Santiago
 1954 *Resumen de la historia de Chile*, 3 vols., Leopoldo Castedo (ed.), Ed. Zig Zag, Santiago
- EYZAGUIRRE, Jaime
 1961 *Historia de Chile: Génesis de la nacionalidad*, Ed. Zig Zag, Santiago
- GARCIA CALDERON, Francisco
 1912 *La Creación de un continente*, París
- GRIFFIN, Charles C.
 1957 "Francisco Encina and Revisionism in Chilean History", *Hispanic American Historical Review*, XXXVII, Durham, North Carolina, E.E.U.U.
- HARRIS, Marvin
 1964 *Patterns of Race in the Americas*, Walker and Company, Nueva York
- MARKHAM, Sir Clements R.
 1882 *The War Between Peru and Chile, 1879-1882*, Londres
- MEDINA, José Toribio
 1952 *Los Aborígenes de Chile*, Imprenta Universitaria, Santiago
- MORNER, Magnus
 1967 *Race Mixture in the History of Latin America*, Little, Brown and Company, Boston (edición en español: *La mezcla de razas en la historia de América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1969).
- PAEZ, Adriano
 1881 *La Guerra del Pacífico y deberes de la América*, Panamá
- PACHECO, Ramón
 1949 *Episodios de la Guerra del Pacífico*, Ed. Ercilla, Santiago
- PALACIOS, Nicolás
 1918 *Raza Chilena*, Santiago
- PIKE, Fredrick B.
 1963 *Chile and the United States, 1880-1962*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, E.E.U.U.

PRADO Y UGARTECHE, Javier

1941 *Estado social del Perú durante la dominación española*, Lima

QUIMPER, José María

1881 *Manifiesto del Ex-Ministro de Hacienda y Comercio*, Lima

RODRIGUEZ, Zorobabel

1876 *Miscelánea Literaria, política y religiosa*, Santiago

SOLBERG, Carl

1969 "Immigration and Urban Social Problems in Argentina and Chile, 1890-1914", *Hispanic American Historical Review*, XLIX, Durham, North Carolina, E.E.U.U.

TELLEZ, Gral. I.

1944 *Una Raza Militar*, Imprenta "La Sud-América", Santiago

VARALLANOS, José

1962 *El Cholo y el Perú*, Buenos Aires.